

Waldo Rojas

El puente oculto

BIBLIOTECA NACIONAL



0295805



LITERATURA AMERICANA REUNIDA

lar

LITERATURA AMERICANA REUNIDA

El Puente Oculto

Poemas, 1966-1988

lar

EDICIONES LITERATURA AMERICANA REUNIDA
Buenos Aires, Argentina



© Waldo Rojas

ISBN: 84-85594-02-9

Depósito legal: M. 8.200-1981

Edita: Ediciones Michay

Imprime: Graficinco, S. A. Fuenlabrada (Madrid)

Waldo
Rojas

008051

El Puente Oculto

Poemas, 1966-1980

lar

EDICIONES LITERATURA AMERICANA REUNIDA
Madrid, 1981

129806

Waldo
Rojas

El Puente Oculto

Poemas, 1966-1980



WALDO ROJAS

EL PUENTE OCULTO

POEMAS, 1966-1980

EDICIONES LITERATURA AMERICANA REUNIDA

Madrid, 1981. A. 5. 1981. 1981.

Desde el título mismo, este libro de arte — aunque, quizás, una conciencia rebelde de la palabra — se vale de la redundancia. Puesto que no hay palabras (los suspensores o soliloquios de sus palabras, como el Golden Gate de la profecía o el puente oculto, el puente oculto que ronda Wilda Rains, en el puente oculto de la palabra oculta en la palabra oculta como el efecto de realidad propia de este libro de poesía (piensa, al leer, en The Bridge, de New York).

En la inauguración de El Puente Oculto

representación, de sus palabras. Este puente oculto entre los tropes o figuras de palabras. Es un puente, una construcción de palabras y palabras. ¿No es una orilla que raramente se llama o romántica? ¿No es una tienda que se ve en el paisaje de Virginia Williams, enigmático por el contexto del libro "como un puente al mismo lado de la realidad"?

Me refiero a repasar — una hipótesis de trabajo — que tocar la realidad, estar en ella o usarla, desde y en el "arte de la palabra" — una palabra oculta — sería el problema de esta poesía y un libro de poesía, un puente que la realidad en la vida tocada por los troques que supuestamente se refieren a ella, la lleva a la poesía al tocarla con sus propias palabras, pero que se funda en su misma imposibilidad, la de hacer coincidir las cosas y las palabras en un lenguaje cotidiano.

Desde el título mismo, este libro delata y exagera, quizá, una conciencia simbólica de la palabra poética, valga la redundancia. Puesto que no hay puentes ocultos (los suspendidos o subterráneos son de orden público, aunque el Golden Gate deba prohibirse a ciertos peatones), el puente oculto que tiende Waldo Rojas en su poesía carece de correlato objetivo tanto en la realidad como en el efecto de realidad propio de otro tipo de poesía (pienso, al azar, en The Bridge, de Hart Crane).

El puente de Rojas, disfuncional en relación a su referencialidad, de uso críptico, debe buscarse primero entre los tropos o figuras de palabras. Es un oximoron: roza el contrasentido, constituye un acertijo. ¿No alude a orillas que raramente se tocan o comunican? ¿Nada tendría que ver con él el epígrafe de Vicente Huidobro, enigmatizado por el contexto del libro: "como náufrago al menos toco la realidad"?

Me adelanto a suponer —una hipótesis de trabajo— que tocar la realidad, anclar en ella o aprehenderla, desde y en el "arte de la palabra" —este puente oculto— sería el proyecto de esta poesía y un acto de denuncia: puesto que la realidad no ha sido tocada por los lenguajes que supuestamente se refieren a ella, le toca a la poesía el tocarla por sus propios medios, tarea que se funda en su misma imposibilidad, la de hacer coincidir las cosas y las palabras en un lenguaje motivado:

“Reducido por el Arte Falaz de la Palabra
a imitar el remedo brutal con que replican
/al acoso de nuestras imitaciones”

(DE RERUM NATURA)

*La realidad, en la medida en que deja de ser
naturaleza, es, quizá, un arte. Paradoja en que insiste
Waldo Rojas:*

“La naturaleza imita al arte.
Pero, ¿quién es el maestro del espejo?”

*Espero que no se espere de este prólogo de algunas
páginas el orden de un estudio, sino el efecto de una
presentación. Para obtenerlo debo renunciar a las pun-
tualizaciones y dejar muchos cabos sueltos.*

*Lo primero que reitero es el carácter retórico, en el
buen sentido de la palabra, y autorreflexivo del discurso
de Waldo Rojas. Por esta peculiaridad se diferencia del
lenguaje emotivo de la mayor parte de los poetas de su
generación, y se opone al imperativo de la “claridad” que
ha tendido a imponerse, con un éxito parcial, a la poesía
chilena desde hace treinta años, en el modo de una
supuesta corrección a las falsas oscuridades retoricistas,
ayunas de sentido.*

*Desde el primero de unos sesenta poemas (la obra
entera de Waldo Rojas iniciada en su época de estudian-
te de Humanidades en el Liceo), lo que ahora se llama El
Puente Oculto es el repertorio de algunas de las dificul-
tades en que consiste —un tanto letal— el placer barroco
o bien, más allá de los estilos, la general complicación
del lenguaje poético.*

Voy a decirlo con versos del autor, corriendo el riesgo de las extrapolaciones:

*“en el infantil juego de los ocultamientos”,
el poeta aborda*

*“una memoria construida de otra memoria con escoria
y desechos
‘como el nido del mirlo con las plumas del alucón’
necesariamente no permites el paso, detienes, atascas,
enturbias el agua y desdibujas el irisado contorno del
rostro reflejado.”*

Según el mismo texto, la lengua poética se expresaría en

*“palabras que están claras, pero en una jerga incierta y
que yo no diría si no fuera a propósito de las palabras”*

(CÍRCULO DE BOJ)

Poesía atraída por la posibilidad de convertirse en una poética, poesía sobre la poesía, que traiciona su condición de lenguaje artificial, complaciéndose y condoliéndose de ella. No es por azar que los versos citados incluyan una cita explícita —“el nido del mirlo con las plumas del alucón”— dentro de una cita difusa: el poema mismo. Este, si mal no recuerdo, fue en primera instancia la versión libre del primer fragmento de uno de los cuartetos de Eliot (Burnt Norton), ejercicio que propuse a mis compañeros de trabajo como director del Taller de Poesía de la Universidad Católica, quizá hacia 1973 (conservo mi propia versión). Waldo no desaprovechó la oportunidad de hacer el reconocimiento de la escritura como escritura o lectura en segundo grado.

En el punto en que la poesía se acerca a la meta-poesía, se aleja de la creencia en la originalidad —índice de una motivación sin mediaciones en la existencia, y de las espontaneidades individuales.

Una poesía vuelta sobre sí misma, sobre la función poética del lenguaje, "centrada en el mensaje", para usar las expresiones de R. Jakobson, en el género o en el tipo de discurso al que pertenece, es por lo mismo una poesía virtual o realmente erudita. Las citas o las glosas de otros poetas —René Char, René Daumal, T. S. Eliot, Constantin Kavafy, etc.— no agotan, por cierto, el repertorio de los reconocimientos de la relación de la poesía con la poesía. Otros, menos explícitos, transparentan el propósito de inscribirse en una tradición del arte de la palabra, recortando en ella la diferencia de los propios versos. Estos, como se verá, circunscriben un mundo "artificial" que se pone en movimiento, muy especialmente cuando la circunstancia del poema —en el sentido del poema de circunstancia— lo empalma con la tradición de El Libro o de la Escritura.

Así, por ejemplo, si tomo un poco al azar "Pájaro en tierra" tengo en trece versos un ejemplo de doble intertextualidad, que consiste en volver a contar el mito de Icaro, reinterpretando al mismo tiempo un poema legendario, L'Albatros, de Baudelaire. La alusión a Las Flores del Mal incluye la imagen del cisne evadido de su jaula ("Sur le sol raboteux traînant son blanc plumage") y, en lo fundamental, reitera el carácter ominoso de la ciudad (emblema de la modernidad baudelairiana) —"cielo vacío de alas (dice Waldo Rojas) es el de la ciudad"— que coarta el vuelo, palabra ésta que connota espíritu y/o poesía.

El Puente Oculto, como se verá, alude constantemente al drama de la caída o, en su defecto, a la degradación, decadencia, etc., de una cierta realeza o principado más o menos irrisorios, identificando este trauma —es mi propuesta— con el acto poético que lo compensa; de manera que no existen el uno sin el otro: la

poesía sin lo que la niega y que ella niega, en una dialéctica de la que se constituye.

Para concluir, por ahora, con el poema aludido, en "Pájaro en tierra" las isotopías hombre/pájaro — términos de una metáfora continua— se entretejen o confunden por obra de las ambigüedades del lenguaje. De modo que pájaros y hombres tienen en común un ser que participa de ambas especies: Icaro.

Antonius Block (el papel en que se escribe y el bock que el perdedor bebe, sosteniendo en alto el puño de Block), Baltazar, Noé, etc., pero también las abstracciones personificadas: El Anciano Señor de Toda Luz (por el sol), La Hora del Té de un Día Insubstantial, Los Leones de Piedra Municipales, etc., son las figuras que deslocalizan a esta poesía de las circunstancias habituales, tal como lo hacen a otro nivel las homofonías, aliteraciones, juegos de palabras, oscuridades de referencia, sesgos alegóricos (que se desvían de las abstracciones), concreciones, palabras raras, latines y todo el séquito de figuras o contrafiguras por las que esta escritura a la caza de la realidad se divorcia de la prosa para encontrar en la extrañeza el acceso al puente oculto, y tocar al menos la realidad como un náufrago.

ENRIQUE LIHN

Febrero de 1980.

Príncipe de Naipes
1966

El Puente Oculto

poemas 1966-1980

Príncipe de naipes

Helo aquí, barquiembotellado en la actitud de su gesto más
corriente,

es el soberano de su desolación,
sus diez dedos los únicos vasallos.

Silencioso como el muro que su sombra transforma en un
espejo,

nada cruza a través de la locura

de este príncipe de naipes,

este convidado de piedra de sí mismo, el último en la mesa
—frente a los despojos—

cuando ya todos se han ido.

Aquí se detuvo la soledad de la adolescencia con un fuerte
silencio

retumbante,

y aquí yace él sobre sus ojos como el único brillo:

un Arlequin de Picasso, se diría, pero menos sublime

y con la espada de Damocles en la mano.

El es el Principe del Naípe, “después de mí un Diluvio de agua
hirviente,

y aún todas las aguas errantes del planeta

que nunca nadie llevará hasta mi molino”.

Pez

Las aguas regresarían a su primer vapor fantasmal, irresponsablemente, a menos que este rey envejeciera en su reinado y enrojeciera de mohos la hoja de su cuchillo adherido de algas. Es el Pez muerto la única evidencia tangible entre los dedos, la cuerda mentada en la casa del ahorcado —el mar— a gritos de feriante en una calle de limones y lechugas un Domingo de sol entre frutas y especies comestibles. El látigo de Cristo no se ve aparecer por ningún lado ante la euforia de los mercaderes, mientras el ojo del Pez se reseca al acecho del sol y las monedas. La tragedia de este rey no horroriza en el destierro: nadie es profeta en su tierra, ni en el mar, donde sólo se advierte la indiferencia de las rocas, el servilismo de la arena y una inquietud en el agua imposible, a todas luces, de fingir. Sólo la violenta explosión de una pecera remedaría pobremente la imagen de la justa ira de su padre, único dios, por el destino que su mano inestrechable calculara.

Pájaro en tierra

Icaro comprobó en carne propia el engaño de las alas.
Aún deben estar sus plumas a merced del vaivén de la resaca.
Poco serviría a los pájaros la moraleja repetida,
la confianza en sus alas crece en cada despegue y ya en el vuelo
es aquella una historia del todo carente de importancia.
Pero nosotros, nacidos más para el vuelo que para el arraigo,
mantenemos la vista en la altura
con esa extraña nostalgia del fruto recién desplomado al pie
del árbol.

Cielo vacío de alas es el de la Ciudad,
dominio de pájaros en tierra
con la vista baja en las plumas herrumbrosas
como esos matorrales de los parques salpicados de lodo.

Ajedrez

Antonius Block jugaba al ajedrez con la Muerte junto al mar, sobre la arena salpicada de alfiles y caballos derrotados. Su escudero Juan, mientras tanto, contaba con los dedos las jugadas, sin saberlo, en la creencia de que lo que contaba eran peregrinos de una extraña caravana

(Y a mí que no me gusta el ajedrez sino en raras circunstancias. Yo, que pude luego de perder estruendosamente una partida beberme una botella con el ganador y sostenerle el puño en alto).

Pero Antonius Block sin duda era un eximio ajedrecista no obstante haber perdido el último partido de su vida. Antonius Block, quien volvía de las Cruzadas, no tuvo en cuenta que a Dios no le habría gustado el ajedrez aún cuando de veras hubiera algún día existido.

Afortunadamente todo esto sucedía en una sala de cine. El mundo en miniatura en tres metros cuadrados a lo más. Los otros personajes han pagado las consecuencias al terminar la función.

Sería bueno sostener ahora que el ajedrez está algo pasado de moda.

A pesar de la costumbre por los símbolos
y de los cuadraditos blancos y negros irreconciliables
en que se debate la vida

a coletazos.

Arbol

No podía faltar en la escena el único árbol del patio, sobreviviente en su propia soledad, predicador en el desierto de su estampa.

La oscuridad aletea en el ramaje
sin mover una hoja:

es Invierno en ese lado de la ventana

en gloria y majestad

y el patio enmudece ante la presencia del tirano.

Idolo abandonado por sus fieles —los pájaros— preside la caída de sus hojas como barajas de un naípe
que alguien lanza desde lo alto de un andamio.

La escena habla por sí misma.

De los otros personajes hablan los ceniceros y los vasos
envejecidos por el vino reseco y la ceniza.

Pero el árbol no improvisa su monólogo.

Hablan en él otros ausentes con un crepitar de la hojarasca.

Personaje inadvertido —como ellos— este árbol.

Una trizadura más en el vidrio mayor de la ventana.

Vid

Jaula es el aire de este Otoño para la vid, hija predilecta de la tierra,
condenada por la generosidad de su mano a la doble vejación del abandono y el despojo.
Curvada en la espantosa vejez de una juventud prodigada en los racimos,
ni en la tierra misma ahora —madre adormecida— advierte la hiladura de su sombra, otrora humedad de barro y vino.
No hay otra imagen tan desoladora,
ni aún la mano de un muerto bíblico emergiendo crispada del subsuelo.

Tampoco la mano sembradora de Noé pudo pensar en un destino tan menguado,
y el Otoño desde entonces no la olvida entre las víctimas de sus bastonazos de ciego.

Sólo el vino reencarna la historia en su recuerdo,
sangriento vengador de aquella afrenta.

Fórmula

Haga usted de tripas corazón,
y de cerebro corazón, y corazón
de piernas y manos.
Haga usted de toda entraña una
cómoda vasija
donde gotee la sangre con dulzura
y se empoce quieta en el fondo,
hasta el fondo de los siglos.

Moscas

Vivíamos la tarde de un domingo abrumador.
Era Verano en el hemisferio que pisábamos, según el orden de los astros.
Enredados en el ocio paseábamos de silla en silla a tropezones.
Era Verano por la tarde y el resto del cuadro lo ponían las moscas.

Había un Universo disperso por la pieza:
botellas vacías,
hojas de algún diario, un plumero impotente entregado al polvo,
y bostezando hasta quejarse ardía el aire por los cuatro costados.

“No hay peor poema que el que no se escribe”, me dije callado
gritándome al oído,
y lo único real, consistente en sí mismo, eran las moscas.
Muchas moscas, torpes moscas cayéndonos encima en arribos
sucesivos y despegues.

Ardía el aire por los cuatro costados y nos sobraba un par de brazos,
estaban de más las piernas y todo el cuerpo era lujo inútil,
artículo suntuario adquirido a la fuerza
en virtud de la artimaña de un hábil vendedor.

Saltimbanquis del aire, trapecistas, migajas de un gran demonio
pulverizado,
esas tiernas sucias moscas, diminutos ídolos del asco universal.

No habíamos sobrevivido a nuestra fábula feroz:
un joven matrimonio derretido sobre el suelo, melaza pura
a merced de un día de Verano, a merced de la estrategia
de las moscas.

Y era domingo como cien veces más fue domingo en los veranos
desde aquel día,

y desde cada día en que el sol encendía el aire
y un zumbido tañía en los vidrios y crecía una inquietud
por todas partes.

Algo que desde afuera penetraba, un cierto líquido agresivo,
un licor caústico que diluía la carne o la memoria,
algo que le pasaba al tiempo no nos tenía conformes.

¿Quién detiene el cauce de las cosas y los hechos
en este punto, como un puente que se desploma,
mientras pasa el día mutilado arrastrando los miembros
trabajosamente?

No hay peor poema que el que no se escribe, me dije,
entretanto

la poesía rescataba a sus heridos de los dientes para adentro;
de los ojos para afuera lo único real eran las moscas.

Página de álbum

Nos engañaban los almaceneros en las sumas.
Su aritmética oliente a cajón de comestibles
nos seguía hasta la casa bajo la forma de un zumbido en las orejas
que no alejaban los azotes paternos.
Dulzura de los castigos con la llegada de la noche,
tibieza de las lágrimas debajo de los catres.
Ahí se alzaban las cuatro patas de la mesa para las cuatro
inevitables comidas
y la sopa se congeló, una vez más, agitada por las mismas
amenazas.
Nuevas lágrimas mancharon la cuchara.
Ridículo fue el destello agresivo en los ojos del padre,
dos soles tiernamente amenazantes como un cuchillo de mesa.
Pero algo hubo también en los ojos de las tías,
algo terminó por nivelar el platillo más bajo de la balanza
(se hizo el equilibrio antes que el silencio
luego de un breve balanceo)
y el domingo llegó por sus ojos, Día del Juicio Final
esperando en completa santidad,
Demoniaca Santidad, apretando los carrillos
y la lengua adentro aleteando como un pez,
conteniendo la risa sediciosa.

Fotografía

¿Qué ha sido en verdad lo que ha pasado?

Las viejas chaquetas conservarían el secreto como un resto desleído de perfume detrás de la solapa.

El testimonio de las palabras no le habla a la consciencia en forma clara,

y si algo quedó de nosotros adherido a las palabras lo olvidamos sabiamente en el momento oportuno.

Las calles de otrora sí que hablan claramente, pero a la nostalgia.

Doblares otra vez la esquina retratada en la fotografía: el niño que nos mira desde ella, ¿nos reconocería a primera vista? Lo que ha pasado es la vida como una larga caminata por el barrio consumiendo un cigarrillo.

Abrimos los ojos de repente y ahí estuvo la pregunta a flor de labios deshojados.

Por ahora es mejor doblar la página.

Ya habrá tiempo para responder cuando lo exijan.

Calle

Todos los caminos conducen a esta calle que se mira a sí misma
a través de sus ventanas.

Todos los pasos alejan de esta calle
y es su soledad lo único que crece en la medida de
las luces

y del pestañear de alas de murciélagos.

Haremos algo alguna vez en esta calle que no sea caminar

y blanquearnos los hombros con la cal de sus muros,
aunque es ésta la Calle de los Pasos que se Esfuman
con la velocidad del resonar del empedrado de su suelo.

Es ésta la calle que se fuga de su imagen,
que tambalea sin caer en el recuerdo

y es en ella donde habita —desterrado—

“aquél extraño que en ciertos momentos viene a nuestro
encuentro en un espejo”.

Aquí se cierra el círculo

Aquí se cierra el círculo:

el crujido esperado se produce
aunque en el peor momento, y nos llena de escombros las orejas.
En adelante habrá un adentro y un afuera en todas partes.
Un adentro debajo de la tierra,
un afuera lejos de la curva del planeta.
Un afuera terrible, flotando en un satélite,
y un adentro sin sonido, hueco, tres metros bajo el suelo.

el grito

Cielorraso 1971

A algunos expusieron las calles de esta ciudad
a las bombas de guerra de la guerra civil
y a los soldados que cubren la guerra civil
y a los soldados que cubren la guerra civil
y a los soldados que cubren la guerra civil

En las calles de la ciudad, los soldados cubren
las bombas de guerra de la guerra civil
y a los soldados que cubren la guerra civil
y a los soldados que cubren la guerra civil

En la guerra civil, los soldados cubren
las bombas de guerra de la guerra civil
y a los soldados que cubren la guerra civil
y a los soldados que cubren la guerra civil

En la guerra civil, los soldados cubren
las bombas de guerra de la guerra civil
y a los soldados que cubren la guerra civil
y a los soldados que cubren la guerra civil

En la guerra civil, los soldados cubren
las bombas de guerra de la guerra civil
y a los soldados que cubren la guerra civil
y a los soldados que cubren la guerra civil

El grito

“¿Quién es el que permite que estos viejos
caballeros rondan en nuestros sueños?”.

FRANZ KAFKA

A alguien esperan las sillas de este sueño
en las gomosidades de panal de la duermevela.
Alguien tendría que ocupar su lugar en la mesa, al fondo de la sala,
aparcjada como para el banquete al que el Anfitrión invita
con el mejor gesto de su cara desconocida.

Insiste el convite de la mano, impulsa más bien, empuja
hacia unos platos vacíos, las botellas transparentes,
el barniz de las paneras.

Si no para el que sueña,
¿para quién el gracioso ofrecimiento de la nada
que relumbra al centro de esas viandas?

Pero la muda invitación —mueca vacía— así se vuelve acoso.
Trábase en el gesto la defensa del Dormido,
atáscase en la voz que muy lenta se reflota
y profiere en su boca un torpe agitarse de cadenas.

Estalla mudo entonces el aldabonazo de su grito,
brinca a la ventana del tul flotante a merced del oleaje de su eco.
Saltan las aldabas del salón aterrador,

astillado el mármol del tieso cortinaje, y al conjuro del hierro
craqueteado
astillase asimismo toda cosa de madera.

El hollejo del gesto invitante logra el suelo,
en tanto el polvo de los muebles y los zócalos
desciende,
como cruza la profundidad el ahogado.
Limpio el grito se abre paso
y los están oyendo ahora el dormido y su consorte
en medio del loco agitarse de las sábanas:

¡Qué hay! ¡qué hay!

Visitar a los enfermos

La abrumadora mayoría de sus sensaciones está diciendo
lo suyo.

Y a su turno, lo suyo es ese cuerpo rígido como un icono
del que fluyen y confluyen, gota a gota, aire y sangre,
sangre y aire.

Lo suyo es el desorden de las horas, la fecha que vivimos y no vive,
tensa noche de un perro guardián.

Cerraron la casa de los naranjos y los limoneros.

Frescas musgosidades revienen los dinteles.

¿Veremos al Cuerpo erguirse entre los suyos, abominar
del guiso de la noche, aterrorizar con insultos al cochero?

Las palabras que me guardo serán lo que sucede:

pregunta el pobre cuerpo en cada mueca, y a cada temblor de las
frazadas

aferra y suelta como un profeta el báculo tribal.

“La mano, dame la mano...” es lo que calla y adivino,
y lo que coge es el veredicto de un brazo que se niega.

Un florero abigarrado hiende el blancor reinante.

Se desentiende del ambiente un rezumarse de rosas.

Silencio, piden voces.

Nadie hable, por favor. Parece que rezara.

Y piensa el Cuerpo:

*Habrá quedado sola la Casa de los Limoneros.
Ya oigo crujir las gruesas puertas, saltar*

*españolitas y aldabones a la premura del hierro.
Silenciarán al perro a golpes de cadena,
se llevarán sólo monedas en desuso,
un botín de recuerdos de familia.*

Aire enrarecido se respira a la hora en que el batir de la puerta
ha acallado los rumores.

Negro de humo y aceite mezclados a la brisa del trébol invernal.
Se hacen blandos los muros como almohadas,
y empavonado de lechosidad

se aquieta el vidrio grumoso de la puerta del cancel.

El Cuerpo es aún alguien a quien algo sucede, aunque sólo en
lontananza

de sus fuerzas.

No podría negarse a los signos salvadores.

El Enfermo está abrazándose a las estatuas heladas.

Una noche del príncipe

A Germán Marín

La fuerza del cerrojo en los entrepaños de la puerta
y el incierto ascender de madera caminada en la escalera.
De por medio, un mundo de fuerzas reversibles.
La atención del ojo bloquea la conocida oscuridad.
En un sentido aún más sinuoso,
 prolonga el oído resonante presagio.
A un momento de neutralidad de dudosa energía,
 equilibrio de fuerzas se establece en el centro.
Esto es,
 la estabilidad vacilante del poder del tiempo
 mantenido a raya,
 un entreaguas pulsante,
entre el dato exterior de los sentidos y su escritura
 en la tabla rasa,
y el poder de agostada fuerza con que el sueño y sus figuraciones
 defiende la diezmada fortaleza
 reducida ahora al atalaya y las almenas,
 al nerviosamente transitado patio de la cisterna,
estremecida la dotación de sus guardianes
 a cada golpe pasmoso, ritmado, relojero,
del poderosamente impulsado Ariete.

Sala de espera

Lo que el tiempo mide lo ignoran estas sombras.
Ojos como ventanas. Ventanas que son alegorías.
Luz o penumbras, ambas enceguecen por igual.
Y al embate de las sombras, rostros que magnifican esas sombras.
Es ahora la antesala de un mismo destino
y en un entrecruzarse de vidas que se excluyen
hélolos aquí bloquearse en un silencio para el que ya no existe
recompensa sin riesgo.

Hemos tenido el recuerdo de esta escena.
Ciegos manejos de la memoria; pero llegada la hora,
a un llamado que se ignora irresistible,
su aparición en carne y huesos, violenta, como el súbito golpearse
de una verja de hierro.

Obra de oscuras complicidades, el señor de magra figura y
manos rígidas
bosteza como una amenaza.

El espera.
Y en su gesto su cuerpo todo espera el desenlace
que su escorzo enmascara a nuestro apremio.
Ya nos ve como un recuerdo.
Se sabe enfermo y viejo, padre de indolente prole.
Fantasmagorías ve en nosotros que morirán con su muerte
y goza de su triunfo.

A esta acometida nuestra juventud fluye como fresca agua de
lluvia.

Llueve afuera el agua que esperamos.

Buscan los ojos la ventana, rebuscan el trasfondo de los vidrios,
y tras ellos la realidad pesa como un bloque de algas húmedas.

Espejo de bar

A Raúl Ruiz

Ni siquiera del tinte del vino,
su verdadero color es el rojo vivo que es también licor ácido o
amargo

todo lo más lejos del dulzor del trago entre sonrientes.
Es así. Y el Embriagado lo dice.
Traza con el dedo a partir de una mancha de cerveza
la silueta de un pez en la madera.

Van a oír lo que ahora mismo estoy diciendo con mi puro gesto
agrio,

los ojos que proyecta hacia el tumulto, humo y cháchara del Bar.
Beberá la boca como una venganza, ahogado el reto de un
cuerpo que blasfema
prolongándose en la mano que arruga servilletas de papel
y apura el vaso.

Cabe a la voz proferir lo que no se piensa.

Lo que está pensando son tibias palabras inertes, hato de
ropajes en el suelo

tras el cuerpo del desnudo.

Chasquidos de látigo las frases le envenenan,
brotan de su historia cortada entrecortada inverosímil mujeres
hombres cosas
rastros del imposible Enemigo en el zarzal

donde enredan los pies del personaje que a si mismo se narra.
La voz entonces hiere, rebana una espesura de gritos que la
acallan

y tras el golpe de un puño contra la vociferante boca,
rodar de dados por el suelo
y el demencial dispendio del azar que ellos no anulan.

Lo real se hace presente y asume su postura en un parto de
frases estragadas:

Contra el relumbrar filoso —vipertino hallazgo del cuchillo—
que desata

ahí el rojo vivo que le urgía,
es el vaivén de aquel brazo que se hunde en un cuerpo,
es el "por qué" "por qué" adelgazando aquella boca,
borboteante rojo líquido en la herida, burbujas del veneno...

Tal vez ahora, a contrafondo, una descarga de inodoro,
cualquier crujir de tablas, un tintinear de uña y vidrio.

El Pez en la Madera sobrenada el charco de la copa volcada
y se diluye en el vino.

Empuja el espantajo la puerta de batientes.

Al aire los faldones del abrigo parduzco

alza un torpe vuelo a flor de acera
hacia la calle.

Calle del encadenado urdirse del ladrido de mil perros.

Ventana

La luz que a manos llenas ha entrado en este cuarto
no podría volver sobre sus pasos
ni siquiera a una voz de mando inapelable del Sol,
el Anciano Señor de Toda Luz.
Permanecerá con nosotros largas horas, liquidamente quieta,
inamovible en el sitio de costumbre y será un mueble más
en esta pieza de Recién Desposados
donde el día transcurre a través de los vidrios que se entibian
en la medida del amanecer de cada día.
El sol sí que se pone en nuestros dominios
enmarcados por muros desiguales:
lo que hay de cierto en esta luz es ella misma.
Para mayor realidad, ahí la ventana.
Los vidrios lo presienten en la irrealidad de su contacto
mientras la luz hace visible el aire
por la contextura del polvo,
por el volumen del día que se deja llevar
lleno de ruidos
hacia el cuarto.
Hasta entonces ajeno reverso de un espejo.

Malas artes

Ciencia del deseo, malas artes de la carne,
a un semejante conjuro se echa mano.
El virgen, el vivaz, el bello hoy día¹ asciende a brazadas
sofocantes
como crece el nivel de aguas espesas
al reencuentro con el borde a que se atienen,
y a ese paso ni lerdo ni apremiado
se estableciera el santo y seña de lo que deben ver los ojos.

Mentiras de la voluptuosidad:

ahora

contra el plano de esta cabeza de mujer,
semihundido rostro neutro en la almohada de años y años,
se acopla contra él
y desdibuja
el bosquejo de un rostro de mujer,
ansiosamente otra.

Malas artes, juego sucio del sexo.

¹ Stephan Mallarmé.

Orquestando ángelus

Sobre la altura de la terraza
el día se hizo inconsistente a causa del Otoño.
Se vio sin palparlas que las rojas baldosas del suelo abrigado
gradualmente perdieron la tibieza.
Ahora retiran el vino, recogen la migaja y la ceniza,
el mazo de naipes ingleses, las macetas.
Aunque en otro orden igualmente previsible
sucede que desmontan al concierto del ocaso
la Hora del Té de un Día Insubstantial.
Y mientras se establece la intemperie en el despoblado
que organizan,

serpenteante cancioncilla envuelve todo
serpenteante cancioncilla envuelve todo.

Pero no. Por cierto que no se vive de imágenes.
Aunque en la silla de playa de húmedo velamen
alguien flota, dormita
o estoy muerto, caballero en el atardecer.

Mercado de carnes

Mediodía de un Viernes y en el Mercado de Carnes el agua se une en las aceras a la sangre camino de las alcantarillas.

Mezclándose con todo, por los ojos, luminosidades que ascienden por su luz, y asciende el eco sucio de esa agua envilecida.

El resto es permanencia y prolongación.

Toda la ciudad de apacibles cadáveres colgantes oscila con sus oscilaciones

bajo un sol que surge nuevo de los colores que establece.

Esplendor de una mañana que hurga en los comestibles, la carne inerte revive en la agilidad de los dedos que la agitan

como piezas desmontadas de un puente herrumbroso.

Entonces un comercio de muecas y de voces

a golpes de compás del filo de las dagas:

en el mercado de carnes a esta hora

la luz y el fervor son el Orden Inmanente.

La muerte no se halla a ningún precio.

Todo tiende a cumplir un objetivo

Todo tiende a cumplir un objetivo.

Al César lo que fuera del hombre.

Y el hombre que mirábamos correr esa mañana
debió llegar alguna vez hacia algún sitio.

Las Vespasianas del Parque

con su barroco estilo orinal

ocultan bajo tierra lo infamante:

por un lado los hombres,

las mujeres por el otro,

descensos e irrupciones a una abrumada superficie
que todo lo confunde.

El pulgar del César ya no desata lo inminente

en tanto que los Leones de Piedra Municipales

se están descascarando de indiferencia,

corazones y alfabetos.

"Acuérdate, pobre memoria mía, de las
dos caras de la medalla, y de su metal
único".

RENÉ DAUMAL

Toda memoria es un espejo en el que se ve
al César lo que tiene del hombre.
Y el hombre que está en el espejo es el César.
Los Volapúntes del Páramo
son los hombres que están en
el espejo de la memoria.

El espejo de la memoria es un espejo
que se ve en el espejo.
El espejo de la memoria es un espejo
que se ve en el espejo.

El poder del César se ve en el espejo
en tanto que los Volapúntes de Páramo
se ven en el espejo de la memoria.
El poder del César se ve en el espejo.

Fuente de los peces de metal

Fuente de los peces de metal, seco el vertedero
y detenido en sesgo el salto de los peces,
escamados de liquen.

Nunca cundiera el agua en ella.

Ni al arribo de la nueva estación,
cuando la totalidad de nuestros olvidos,

entre ellos
el olvido de la fuente como vendida a la llovizna.

Agua fija en la memoria a un vuelco del corazón.

La una de la otra viciado recurso:

Uno es lo otro, pero a la fuerza de un desdoblamiento.
Principio de la Fuente que comprueba el cotejo con su imagen,
y al cabo de la doble complicidad
preténdese intacta a cada prueba.

Esta era la fuente:

entre hervidero de renacuajos y revuelo de libélulas,
falsa fertilidad de un charco enverdecido
por latencias de nenúfares y nalcas.

La misma de esos años al centro del traspatio,

ruina cada año del Antiguo Jardín,

tiempo aquél de fuentes y de peces reales.

Fruto ciego, árbol vidente¹.

¹ René Char: "Le fruit est aveugle. C'est l'arbre qui voit".

Proustiana

Abuelas otoñales y las tías juveniles
en la calle que da acceso al Colegio para Niños.
Campanas invisibles de alguna catedral
les hicieron girar la cabeza
como si alguien las llamara
o descubrieran que el tañido las hiciera a la mar de la memoria
de alguien que recuerda.

Luego de la última campanada de la tarde
nos quedamos los únicos, Margarita La Rubia
y El Que Entonces Yo Era,
ambos, las manos entintadas, junto a la pileta del patio jardín.

Es el caso que detrás de aquellos muros esperamos hasta lo
absurdo

el paso del Verano.

Han caído los años y su chapuceo de peces.

Seca o derruida la fuente del Cetrero,
y nosotros sin hablarnos.

Como sucede hasta este mismo día.

Fotografía al magnesio

Sucesiones que se quiebran al llamado del orden.
Fue así como se oyeron ruidos de ratas en el interior de la pared.

Después,
gotas de agua jabonosa y vehemente,
un reguero de un líquido cualquiera pero oscuro
hacia la puerta de la calle.

Infantiles depredadores de jardines se adornaban el pelo
y las orejas con enormes magnolias.
Ruidos de agua jabonosa entonces al interior de la muralla
y ese reguero de huellas de ratas
camino del magnolio del jardín.

Sin embargo, como sucede con el sol, también
al paso de un grito de pavor
se abren ventanas.

La perpetración

Mal está que te haya olvidado, Rosa Inés.
El recuerdo no redime a nadie de nada.
Los ávidos adolescentes que fuimos rondábamos tu cuarto
en el patio de las criadas.
El sexo un vértigo abismante, oscuridad de oscuridades,
una sed y un rumor sordos.
Mal está también, Rosa Inés, que después de tantos años
de ti vea pasar por obra de tu nombre
fugitivos fragmentos de un cuerpo sorprendido, miembros
dislocados
por la semipenumbra
y esa fiebre que un día te acechara.
Amargura del botín de aquella noche, Rosa Inés,
tu silencio ante las Tías un aterrado cómplice.
Doble crueldad no poder rescatar tu rostro
ahora que quizá tú también lo hayas perdido en tu recuerdo
después de tanta miseria y de todos estos años.

Cormoranes

La memoria del baño en que fuéramos inmolados.
Se da la espalda al Agua y es el mar que proclama su acechanza.
Sea tal vez cosa de fortuna que ahora los médanos costeros
y la noche
remitan de una manera a él,
“la verdadera tierra”,
como si dos ciudades nos disputasen, y nosotros ya distintos,
feamente inermes,
árboles de estupor sobre el mismo roquerío.

Horas de este linaje nos hicieron su falta.

¿Dónde lo nuevo, dónde?
se dice la rompiente y su insistencia,
igniciones de las algas, dunas reptantes,
y ello está en el orden de las cosas.
Así se ha vuelto a ver en este sitio sin memoria
a los grandes pájaros de las fabulaciones
arrastrar como un andrajo su vuelo ultramarino.

Una mañana de nuestra adolescencia
en toda la extensión de la playa
brillaba un negro aceite de cormoranes muertos.

No hay enemigo eterno

En las altas murallas de ladrillos
decrecen sombras y musgosidades.
Es ahora la caída de la tarde y se mudan la imagen y el sentido.
Agitados paseantes enfilan entramadas direcciones,
y en un mismo sentido es el Invierno que abandona su faena,
La tarde de por sí implanta desenlaces.
Es así: no hay enemigo eterno.
Decae el brazo del Invierno y en las antiguas mansiones
de un barrio enhollinado
está la hiedra irguiendo sordas reptaciones.
Estamos por lo que prosigue su curso al llamado general.
Anima de las estaciones, ¿quién podría hablar de traición?
Como en el Reloj del Sol, divinidad de los parques señoriales,
los días son sombras que se anudan a un vástago inmóvil.
Vuelve la Estación del Festín.
La realidad recobra su nivel constante.

Parábolas del parque

I

En las arboledas del Parque
la dirección de las miradas
entre los intersticios del ramaje.
Alguien a quien vemos nos ha visto en este trance.
Convengamos en que todo no podría parecernos
tan igual.
O estamos empeñados, sin saberlo, en una aventura insólita
o es que nos perdimos de algún camino o de alguien
ese día.

II

Pasos que otros pasos se encargan de olvidar
con un resonar más exacto
sobre las avenidas de este parque de tierras deshechas
por el pie y por las raíces.
Se camina aquí a nombre del caminar
y todo se hace a nombre de otro nombre, en virtud de otra virtud
desconocida.
No se inquietan los árboles por ocultar el bosque que presumen.
Manifiestan ellos la desnudez del aire.
La total desnudez de la luz
en la tarde que de rostro en rostro transcurre
contra la opacidad de los rostros que la ignoran.
Incertidumbre de esos gestos a la que la certeza de los árboles
responde,
la rotundidad del sol,
esta paz que de sí misma se colma.

III

Y a fin de cuentas, cuando el Gorrión de las nubes se
descuelga
aunque ya mucho tiempo antes
de entre los pájaros vivientes
descolgado,
pareciera que dejara así de sostenerse el cielo,
se quebrara éste en partes diferentes
y se impregnara
de color y olores de gorrión azotado contra el suelo.

Automóvil

Tras los brillantes conos de los focos eléctricos
sigue el Automóvil por el surco que ellos trazan.
Dispensadora de realidad, aunque a destellos,
viaja entonces la Luz
a la velocidad de los hierros de la máquina,
en tanto por doquiera detrás del oblongo volumen
que a resuellos la impulsa,
Sombra y Vacio se establecen
a la velocidad de la luz
que niegan.

Alamos

Alguna inquietante certeza modulaba esas crepitaciones. Aunque eternos por el anclaje de su raigambre, no pueden menos que gritar, desgañitados de soberbia, delatar a voces la inminente traición que algún día volverán a perpetrar contra nosotros la Tierra y el Agua.

Acuarium

Peces rojos en su isla esférica,
dos veces cautivos.

Vestigio

El carmín de la cortina filigranada de oro falso
y tras ella,
Comediantes Muertos.

Cuento para insomnes

Después de tantos años una puerta.
Abres, Baltazar, y a lo lejos una luz:
Ventanas.
¿O espejos?

El Puente Oculto
1976-1980

A este lado de la realidad

I

A este lado de la verdad

Como náufrago al menos toco la realidad.

VICENTE HUIDOBRO

20

A este lado de la verdad

A este lado de la Verdad
donde me quedo a ver si nazco,
el Río, símbolo de nada,
zanja el fluyente rencor
de las piedras y del cieno,
trenza el limo su lechosidad
en la que cuaja el verdor de la
alimaña,
y yo, que digo un límite
para todo lo que repta, corre o pasa,
sueño un sueño en el que nombro
a las cosas por su muerte
y muerdo aquello que se agita
cual el filamento del limo
en el agua destrenzada,
así de limpia, así de pulcra,
puesto que aves ahí mismo vuelan
sus distintos vuelos,
helechos aguardan repetir su clave
y es posible que peces sobrenaden
a la emboscada del copioso desove.

Cuanto existe en este Lado
capaz de estertor o movimientos
se yergue, se entierra, se encrespa o reaparece
a despecho de cualquier fiereza

en tanto el aire, el virginal, el cauto,
en mi boca despereza su espasmo de guadaña.

A este lado de la verdad, verdor y landas,
descorro yo la gasa pálida,
contemplo el estupor de lo que veo
como desde adentro de una pulsante llaga,
o es que veo que me miran mientras digo
lo que hago y callo lo que muerdo,
y es por eso esta apostura vergonzante
y es por eso, además, que ahora pasa
a grandes voces como el cortejo de un ajusticiado
toda esta agua indigna de su solemnidad,
que sopla una brisa de inocencia abyecta,
que rompe el pétalo la luz que vivifica
y desde el fondo de esa linfa de putrefacciones
—símbolo de todo cuanto pasa—
muerde el hongo a traición
su hueso algodinoso,
y tanta calma, tanta,

(ahh, Realidad Espejeante)

que las palabras me van pesando
con la fuerza obstusa de un cerrojo
herrumbrado.

San Juan de Pirque, Chile, septiembre/octubre 1973.

De rerum natura

*Ciel, air et vents, plains et monts découverts.
Tertres vineux et forêts verdoyantes...*

RONSARD

A Patricio Marchant

Cosas de la naturaleza que hablaron para nadie,
nuevamente resulta que enmudecen, para vergüenza mía,
con una mudez cuanto más clara.

Ya no podría asegurar que soy el que contempla,

totalidades de mi nada,

la suma interminable o el diezmo sin rencores
a cuya sombra recrudecen nuestras ruinas.

A la manera de una cifra impávida
cruza nuestro tiempo por la urdimbre de esas confabula-
ciones,

germinaciones, metamorfosis, quietudes,

actos sin más potencia que el oscuro sí mismo
para el que ajenas a cualquier Voz indócilmente trabajan.

Porque,
piedra, agua, más los verdores de pronto irisados
por la flor que anuncia el ortigal silvestre,
no me dicen que alguien pueda nombrarlos de otro modo.

Ni siquiera están pidiendo congregarse
a la emboscada de otro Reino que este mismo paraje
en el que inmóviles o apenas agitados
dialogan mutuamente y se acercan sin lenguajes.

Aquí donde me hallan, reducido por el Arte Falaz de la
Palabra
a imitar el remedo brutal con que replican al acoso de
nuestras imitaciones,
el guijarro del remanso seguirá llamando al agua
reteniéndola en su signo inaplacable.

Círculo de boj

El cuenco seco del agua refractante y en torno a ella
como alrededor de una fuerza débilmente formadora
está la piedra circular que envuelve al agua y la detiene,
inmóvil entonces como ahora
ese eje de roca para el verdor circundante:
un círculo perfecto de matas de boj
—pétalos duros y pequeños de un verde pétreo resistente
al tacto—
resuena a mi visita en el cuenco de la memoria
con una melodía que creo inconfundible.

Ocúltate, me digo.

Cual en otro tiempo así debieron hacerlo las voces de los
niños en torno de la fuente;
porque una voz es siempre un cuerpo
más su cercanía tibia o fría,
a flor de manos,
un escondite para el cuerpo tras la piedra del estanque.
Porque de esa manera con que transcurre el desenlace
en el infantil juego de los ocultamientos,
tal vez alguien haya ahí, acechante, o algo,
y una voz que me habla a ciegas nada diga
que yo no haya pronunciado cien veces en silencio.

Pálido reflejo para una imagen magra:
memoria construida de otra memoria con escoria y
desechos

como "el nido del mirlo con las plumas del alucón",
necesariamente no permites el paso, detienes,
atascas, entrabas,
enturbias el agua y desdibujas el irisado contorno del
rostro reflejado.

Mientras que hiedra, musgo, herrumbres
anegan la brisa que se cuele por la verja
desde el muro deslumbrante del enfrente soleado a sangre
viva.

Creo recordar la casa que abría sus mamparas
a un mundo presente conciliado consigo mismo
y a un pasado que repetía el pasado
hasta el cansancio o el futuro.

Ahora el presente debilita el pedúnculo del pétalo de rosa.
Se robustecen las ruinas
como si aspiraran a un cuerpo todavía más sólido.
Se restablece el atardecer con la confianza con que se
anunciaría

el advenimiento de un gran día.
Y hay tañido de campanas contra el deterioro,
campanas contra la decrepitud, la plata bruñida y la locura
de los viejos sirvientes,
campanas contra un silencio asaeteado de vuelos de
libélulas
y sólo a favor de la falsa memoria.

Creciente opacidad del suelo polvoriento,
un viento arrastra a la hojarasca a una elocuencia sorda,
el patio ante los muros como ante una fortaleza, frío y
blando,
a causa del musgo que enverdece la línea divisoria de las
losas,

en un mismo amarillear fundidos
el colorido de los pétalos de rosa y la maleza muerta.

Palabras que están claras pero en una jerga incierta
y que yo no diría si no fuera a propósito de las palabras.

Ocúltate. Me dicen.

En la mitad de un atardecer que ni tarda ni adelanta,
que sólo fluye justo al ritmo con que la realidad se da su
tiempo
para ponerse una vez más a prueba,
soy el fruto defectuoso o la llave equivocada,
en ese punto en que alguien llega, después de algunos años,
a la Casa,
remueve la herrumbre de la verja atascada
y en el gesto congelado de su cara,
entre el chirrido y el encaminarse,
late oculta la crisálida de un grito.

Mascarada final

Toda esa alegría mojada por las lágrimas de la araña vienesa,
y como las hojas sobre las hojas caídas desde siempre
encima del guijarro del bosque artificial,
máscaras calzadas sobre máscaras.

Toda esa locura de voces que sonríen, de risas que
repliegan
un silencio de labios encarnados,
para ti,
que estás contigo mismo como una pesadilla
con su víctima.

A la espera por las habitaciones, en mitad del baile
interminable

donde el gesto emblemático del antifaz y el guante
desata las reptaciones de la seda,
el vuelo inflamado del tul al capricho del vals.
Metalizado el aire por los broncees,
el agua de la fuente luminosa crispada en su rencor
privado de poderes.

Tu aliento por la boca como un cuerpo retráctil,
mientras —promesa o amenaza, qué más da—
bien pudiera el palacio estallar en trizas
sólo a causa del brillo de sus luces interiores.
Pero no.

*Oscuro paraje, oscuridad, el dorso de la luz,
su moneda ciega.*

Es así como vienes a mi encuentro, Damisela, oculta y
presente como ellos,
pero bajo otra forma del temblor del mismo velo,
tu paso esponjado, incommovible, distinta del color de
tanto Paje,
tanto Rey, tanto Bufón, Gitana, Arlequín,
Verdugo,
tanto Corsario, Cazador, Obispo
contra mi desnudez.

Aquí es donde me tienes, cual una mancha o un fauno de
marmolería,
confundido en un rincón con el muérdago del muro
empapelado,
y así de real como lo quiere tu visita,
más que nunca.

Libre esta vez de azar o miedo
a causa de tu celo irremediable, a merced suya.
Ya ves cómo coinciden mi beso y tus cambiantes deseos,
porque ya no podría razonar.
Me limito pues a mantener sobre mis labios
la quemadura o el hielo del mucilago de tu beso,
ardida, escarchada Dama Negra.

Unas canciones barrocas

I

A Oscar Hahn

Algo así como unos ciertos velos
y un gesto en todo fino:

mano
que pulsa un clavicordio mudo.
Letal de melodía las ocho notas yertas
del arácnido bailongo, y esos velos
que es lo que mejor obtienen de sí mismos
tiemblan
sobre rostro alguno.

Vean:

el incauto vuelo viene ahí a estrellar
su carne exigua.
Hay así unos arpegios sin oreja que los sepa

¿saben?

Mientras la vieja hambre tañe el grito
de unas cuerdas zarpas sedas
pues así desteeje al volador de Icaria
la desguntada mano de la araña-alegoría.

II

Todo vive de una presa, dice el Miedo
predador furtivo,
el obstuso miedo de sensatez, el hilo frío
que me enhebra el ojo.
Miro en mi ojo, pues de mirar se trata,
el sueño que me alambra el paso
no hacia, no desde, en punto ciego
del día yugulado por el ojo que se cierra
—todo sedas, todo aceites—
como un nudo lento en torno al cuello.

III

El ahora oro y horas
Mientras dura flor madura
Que carcomen en tu carne
Canta y roe laborioso
Su agua verde lo encamina
Cuando arde

¿cuándo ardes?

Hermosura

Di si duermes sin romper
tu ensoñadura flor de nada.

El ahora oro y horas
Flor en fuga sin mañana
Que te empañe
Cuando tañes

Impostura

Di si duermes cuando duermo

¿Cuándo duermo?

¡Muerde ahora!

IV

De industrioso silencio la muerte se atavía,
la Sabedora, la Fehaciente, la Muy Tozuda,
entre quietudes ceremoniales vela sus armas
aparatosas,
la teatral seca de sesos, la fermentida,
como que sabe que no tan lejos,
que ni tan pronto,
que no tan lejos, con sus mudeces
desvela el ojo de mi vigilia.

Ciudadela

VI

No ofusques el paciente esperar de los jardines yertos.
No exasperes el gusto frío y ácido del hierro del Jardín.
No quieras arrastrar tu nueva placidez
por entre estos manojos de llaves huérfanas.
Ni muerdas la mano fría, lenta mano, que te tienden
como un velo,
ojo sin más acechos, párpado dismantelado.

Una navaja abierta y la cara del espejo

El brillo pulcro y viperino de la hoja acerada
como un aullido
hiende el bascular del péndulo sumiso en la gran sala
a su vaivén de segador.

Pero el tiempo de decirlo
no es el tiempo de pensarlo
y ya la mano tiembla, ya tembló la mano fría
deshuesada,
la mano que le nace al espejo y viene a mí desnuda,
domesticante, digital.

Escucha, pues, caer la otra mitad
de esta cuasi trunca campanada.

Ojo furtivo

La noche así entreabierta por esa ventana
que tú misma ahora cierras,
fugaz ropaje vivo tu desnudez
persiste
en un vuelo sostenido o el aleteo de algo
entre la noche ciega y el vidrio enneguecido.
Pero ya asciende o cae la imposible estancia
de tu gesto
vuelo también de manos y de tela,
ya corroe ella misma su tibieza en trizas
y de golpe
nada sino esa forma de muro
entre mi ojo cazador furtivo y tu luz carnal.

Cerrado a doble llave

Los deseos que pasaron sin ser jamás cumplidos, sin haber obtenido del placer ni una de sus noches, ni uno de aquellos amaneceres luminosos, se parecen a esos bellos cadáveres que no conocieron la vejez y que depositan en medio de llantos en un mausoleo magnífico, ceñida de rosas la frente y a los pies jazmines.

CONSTANTINO KAVAFI

Deseos incumplidos
sin noche de placer, sin mañana luminosa,
son los cadáveres coronados por la belleza de una perpetua
vispera,
frescor del vaho siempre joven que perla los muros del Templo
adonde yacen expuestos a toda adoración.

¿Fuimos sus hijos prematuros, sólo sus creaturas
precoces?

¿O nos hundimos en un reflejo de agua detenida,
triunfo devastador de la mirada,
ahogándonos, uncidos a la misma argamasa?

Vivimos en ellos todo el tiempo en el tiempo de un respiro.

La muerte condenó nuestros deseos a no conocer la vejez
así como a nosotros nos destina a cumplir sin ellos
la promesa de la edad.

Rosas de pétalos fríos ciñen hoy día en sus frentes
a nombre nuestro,
jazmines carnales dispersan a sus pies inertes.

Nosotros dejamos marchitarse nuestra ofrenda tardía
sobre la primera grada de la escalinata
y retomamos una vez más, huyendo, un camino que sabe
de nuestra incertidumbre.

Otra noche se preparaba a nuestra espalda,
su vuelo agazapado cobra altura, y todo,
salvo el mármol que simula eternamente sus agrietaduras,
todo vuelve a sumirse, fundiéndose, en la brumosa multiplicación
de la ruina,
cual el ruido de un paso en el eco del siguiente
cruzando sin apremio el silencio de un templo tapizado
de losas resonantes.

Hotel de la Gare

Breve tregua de la noche de presa en la Ciudad Terminal
esta oscuridad estrecha y desconocida de ambos.

Con un miedo cierto del tacto de sus voces
un cuerpo llama al otro en esta manera de abrazo
fatigante y calmador.

Ni una palabra que agite, entonces, el aire que se llaga:

separación de sus cuerpos.

Y son ahora dos mitades arduamente mutuas
como en el brillo de la hoja del cuchillo rebanador
se contemplan sin sorpresa
los hemisferios de fresca pulpa del fruto dividido.

Reeducación sentimental

No odias ni amas,
pero quisieras lamer
la mano que ya no te castiga
impunemente.

Gastas tu tiempo
Y no desgastas con tu paso el tiempo:
Engastas joya muerta

La Naturaleza imita al Arte
Pero, ¿quién es el maestro del espejo?

El amor es la ilusión del otro

Ariadna paradójica

Ella convierte en laberinto todos los gestos
que llevan a ella misma.

Ella es invitante y celadora.

Y es en eso como la noche súbita que transmuta en dédalo
las ciudades del crepúsculo.

Pero a diferencia de la noche, las horas no roen su espesura,
las horas no ovillan en retorno el hilo que conduce
hacia la luz.

Noche insomne como el rencor.

Noche sin premura y cargada de cerrojos.

A la espera de la ofrenda viviente

O de la espada de su inmolador, en pleno corazón del laberinto
mi deseo transfigurado arde por entre galerías ciegas
como el eco de un mugido enmurallado.

Consejo tomado de Marcial

Idéntica como dos gotas de sangre
cae aquella que rebasa el brocal de mis
años juveniles.

Tiempo de dividir por 2 las horas

(Señora de la Memoria y de la Muerte,
toda esta muchedumbre de imágenes fugaces
¿a la espera de qué pudo ser que la he vivido?)

Mejor harías en vaciar de un trago la Clepsidra.

Báscula

Alza el Verdugo ante el clamor
del Vulgo
una cabeza sangrante y todavía
atónita.

Ahh, Realidad Espejeante

Ahh, realidad espejeante, darsena de toda abjuración,
venga, pues, ese trueque en el que mi pobre moneda falsa
incline su vergüenza al regateo de tus prestidigitaciones;
dame ya tu mercancía todavía goteante de jugos viscerales
y que el grito vuelva a su reencuentro con el látigo.

Así como el amanecer cambia sus trinos
por el mugido de las degollaciones,
vuélcame rápido la carta más vilmente marcada
con su doble roña de sebo y engañifas,

Tarot de los Dementes,
o no me quedaré a tu cena de algodones sucios.

No entregaremos la noche

Pero qué sueño es éste a cuya orilla me dejan
como a la espera de un cuerpo prometido por las aguas,
cuasi réplica de mí, desdoblamiento brumoso,
a las puertas de mi propio cuerpo llamando sin respuesta,
cual un bocado salivado en demasía,
artífice de un asco convocado por mí mismo.
Leo en la oscuridad una escritura de tientos,
tacto de sangre en espumas, sin peso,
y es así como me viene a herir el día,
lo respiro, sin embargo, aspiro, exhalo,
más bien me hallo mordiendo con hambre la blandura
de la luz solar
que en los objetos revive un estupor sin culpas,
y eso es como si fuera inoculando en el corazón del Miedo
un bálsamo ferviente de arena tibia.

Epitafio a un tirano

Paráfrasis de Juvenal, con perdón
del perro del epitafio latino

Perro de mal augurio, *nunquam non latravit inepte*,
ladraste hasta a la sombra de tu madre,
diezmaste el rebaño y la jauría.
Callas ahora porque muerdes la tierra boca arriba
y vil presa eres del aullido de los miedos
que sembrabas.
En ésta tu noche térrea, ah, guardián de carne muerta,
no sabes cómo velar ya tus cenizas.

Verano de verano

II

Lugares, nombres, seres

Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.

Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.
Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.
Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.
Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.
Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.
Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.
Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.

Libertad que consiste en estar y los repartos de la muerte
a la vida.

Frente al espejo de fondo de un mar profundo
el sol se levanta y se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.

Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.
Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.
Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.
Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.
Hay un sol que se levanta de adentro del mundo y se levanta
de los árboles.

*Chavire mon coeur chavire
Veuf de tes terres les plus chères
Mon corps cependant n'a plus honte de sa force ravivée
Mon corps va au-delà de la honte d'être sain et sauf.*

Epitalio a un tirano ROBERT GUYON

Peso de mal augurio, espanto
hecho hasta a la sombra de la muerte,
dormido el mundo y la guerra,
Calla ahora porque quisiera
y vea el gran poder del mundo
que se levanta.
En que la noche viene, en, guardan de parte nuestra
no es de ver y no es de ver.

Verano de exilio

A Christine & Robert.

Bajo un sol que se embriaga de saberse adorado y el desdén
de sus siervos,
recién convertido mi cuerpo a su culto imprevisto
ya no sabe aceptar la vergüenza de estar sano y salvo.
Pies desnudos en torno remontan la dirección del viento,
se comprueban eternas las aguas en su férrea inquietud.
Cuerpos de muchachas frescamente dispersos
pero cuánta distancia de esas sangres que entibian la arena
a mi sangre furtiva que gusta en sí misma su peso,
su tacto escondido y floral.
Licencias que concede el azar a los regateos de la muerte
o de la vida.

Frente al espejeo de fondo de un mar balneario
mi sobrevida se trueca al precio de escasos doblones
de un viso irreal.
Realidad dividida en dos aguas,
como haría un velamen reseco de sal mi memoria se rasga.
Otro sol, entretanto, y a su sombra
bajo el signo que cubre al Verdugo
alguien estará mordiendo el dolor de un silencio
—¿ya inútil?—

Realidad dividida en las trizas de un grito
esos copos de su sangre todavía cayendo
con gravedad de vuelo.

Pero el viento contagia su forma difusa,
me concede su engaño el rebrote de la viva estación.
Recrudece el Verano aquí en la tierra del Torso Mutilado
mientras tuerce mi exilio otra vuelta de niebla
sobre el pais-naufragio.

La memoria entrecierra el invierno de mi tierra dañada,
nuestra patria del largo cadalso en la longitud del mar.

Catedral de Canterbury

*No lo que nosotros llamamos muerte,
sino lo que más allá de la muerte
no es la muerte,
a eso le tememos, a eso le tememos.
¿Quién me disculpará?*

T. S. Eliot, *Asesinato en la Catedral*.

Se difunde ahora un aire de voces en el templo.
Resonancia de voces y de pasos en el tímpano del templo
semivacío.

Abrumados de iconos sangrantes, giran de súbito los muros
interiores
en un vuelo veloz delante de los ojos
como en un paso en falso.

Acritud de gritos, hierro y muchas veces más el hierro,
su tañido acre, luego

el borboteo.

Entonces el hielo de las losas alcanza la mejilla
como al cabo de una ansiada promesa.

Otro giro muy suave de la bóveda nervada:

mucho más que el mismísimo silencio

está esa conmoción acuosa de la luz
de los vitrales
a través de las lágrimas.

Pero sea como fuere también está el Silencio
donde el espeso organismo del miedo se estaciona
y suelta con dulzor sus larvas

(Y ¿"Qué es este rocío pegajoso
que se posa en el dorso de mi mano?").

Santo o Déspota o Bufón igualmente ensangrentado,
ungido en la frente con esa miel de tornasol y llamas
que sin peso desciende de los arcos,

ya te inicias en la sombra sordomuda
con el recelo de alguien que bebiera
de un líquido intensamente azul,

espirituoso.

In terra franciae

Ah, estas Viejas Piedras que parecían dar cita
a todo el mundo a mis espaldas.

Ajenas, como el sueño de otro, ahora ruedan
a mi lado el rodar de un tiempo apenas día,
apenas noches,

 río embancado.

Pretenden, pétreas, rodar fuera del alcance
de mi olvido,

a la hora de ese musgo espeso que cría
mi memoria inmóvil.

Rotterdam

Gaviotas sobre la espesura
de mástiles metálicos,
aves tumultuosas de todos los augurios
sobrevuelan el naufragio silencioso del agua
en la tortuosa inmovilidad del hierro.

Spionnetjes

A Aly de Vlaardingen

Rotterdam con nombre de rompiente,
ya dicho, ya vuelto de espaldas a ti en esa multitud
de bienvenidas ahogadas que el desamor grita aun
en su marea fría.

El puerto inencontrable tras un bosque de grúas
todavía parece mecer un agua vil y ya dormida desde años.
Marea aherrojada, deseo sin fondo.

No embarcarás cuerpo ni memoria aquí
adonde no te aguardan promesas ni presagios.

Bebes a contraorden de tu más cara avidez
este alcohol mustio como hecho a semejanza de la espera.

"iedere dag een glaasje"

¿Conoces siquiera la letra muerta de la sed que sacias?
Volverás sin nueva invitación a tu ciudadela fingida,
la de tus avenidas sin espesor, de las ventanas ilusorias,
aquella adonde muros, humos; adonde seres, voces
que simulas confundir con tu nombre,
tu tierra más amiga, tu morada más fría.

“... et le bel aujourd’hui”

Sin tregua ni promesa,
a cielo abierto,
los días pasan volando
hacia los años
como potros al desgalgadero.

Notas a los poemas

El presente volumen recoge en primer lugar dos poemarios editados precedentemente en Chile en tirada limitada y de circulación restringida: **Príncipe de Naipes**, compuesto entre 1964 y 1966, fecha de su publicación bajo el sello de Ediciones Mimbres; con el título de **Cielorraso**, fueron editados en 1971 por las Ediciones Letras los poemas escritos entre 1966 y 1970. **El Puente Oculto**, tercera sección de este libro, proporciona el título a todo el conjunto y contiene textos escritos entre 1971 y 1980 en Chile y, a partir de 1974, en Europa. Publicados parcialmente en revistas, los poemas de esta última parte integran por primera vez un volumen. Una selección anterior, **El Puente Oculto y otros poemas**, fue editada en México en 1976 en la colección Textos Latinoamericanos del Departamento de Bellas Artes del Gobierno de Jalisco.

Los poemas "A este lado de la verdad" (página 69), "De rerum natura" (página 71), "Ahh, Realidad Espejeante" (página 96) y "No entregaremos la noche..." (página 97), fueron escritos en Santiago de Chile durante las primeras semanas consecutivas al golpe de estado de septiembre de 1973. El título de este último texto reproduce el encabezamiento de una célebre frase del General Leigh, ex-miembro de la Junta de Gobierno, justificando ante una población atemorizada la prolongación del estricto toque de queda impuesto luego del derrocamiento del gobierno de Salvador Allende, y el intenso patrullaje nocturno de la ciudad: "No entregaremos la noche a esos terroristas emboscados que amenazan la vida de nuestros

soldados...”, fueron aproximadamente las palabras de Leigh, reproducidas por una prensa fácilmente obsecuente.

Página 107: **Spionnetjes**, literalmente en neerlandés, pequeños espías. Suerte de espejo retrovisor, de superficie ligeramente convexa, que instalado perpendicularmente al plano de la ventana, permite la observación más o menos furtiva de la calle. En las ciudades holandesas, como por ejemplo La Haya, son para las ancianas el complemento tradicional de la mecedora; en Amsterdam, instrumentos de trabajo de las prostitutas al acecho de clientes.

“**iedere dag een glassje**”, en neerlandés, “cada día una copita”, frase publicitaria de una antigua bebida alcohólica holandesa.

Indice

La inauguración de la Fuente de la
la Fuente de la / 7

Príncipe de Nápoles / 19

Príncipe de Nápoles / 19

Príncipe / 20

Príncipe en nápoles / 21

Príncipe / 22

Príncipe / 24

Príncipe / 25

Príncipe / 26

Príncipe / 27

Príncipe de Nápoles / 29

Príncipe / 30

Príncipe / 31

Príncipe de Nápoles / 32

Príncipe, 1971

Príncipe / 33

Príncipe a los enfermos / 37

Príncipe de Nápoles / 39

Príncipe de Nápoles / 40

Príncipe de Nápoles / 42

Príncipe / 44

Príncipe / 45

Príncipe de Nápoles / 46

Príncipe de Nápoles / 47

Príncipe de Nápoles a cumplir un deber / 48

En la inauguración de El Puente Oculto,
por Enrique Lihn / 7

Príncipe de Naipes, 1966

Príncipe de Naipes / 19

Pez / 20

Pájaro en tierra / 21

Ajedrez / 22

Arbol / 24

Vid / 25

Fórmula / 26

Moscas / 27

Página de album / 29

Fotografía / 30

Calle / 31

Aquí se cierra el círculo / 32

Cielorraso, 1971

El grito / 35

Visitar a los enfermos / 37

Una noche del príncipe / 39

Sala de espera / 40

Espejo de bar / 42

Ventana / 44

Malas artes / 45

Orquestado ángelus / 46

Mercado de carnes / 47

Todo tiende a cumplir un objetivo / 48

Memoria, memoria

- Fuente de los peces de metal / 51
- Proustiana / 52
- Fotografía al magnesio / 53
- La perpetración / 54
- Cormoranes / 55
- No hay enemigo eterno / 56
- Parábolas del parque / 57
- Automóvil / 60
- Alamos / 61
- Acuarium / 62
- Vestigio / 63
- Cuento para insomnes / 64

El Puente Oculto, 1976-1980

I. A Este Lado de la Verdad

- A este lado de la verdad / 69
- De rerum natura / 71
- Círculo de boj / 73
- Mascarada final / 76
- Unas canciones barrocas / 78
- Ciudadela / 82
- Una navaja abierta y la cara del espejo / 83
- Ojo furtivo / 84
- Cerrado a doble llave / 85
- Hotel de la Gare / 88
- Reeducación sentimental / 89
- Ariadna paradójica / 93
- Consejo tomado de Marcial / 94
- Báscula / 95
- Ahh, Realidad Espejeante / 96
- No entregaremos la noche... / 97
- Epitafio a un tirano / 98

II. Lugares, nombres, seres

Verano de exilio /	101
Catedral de Canterbury /	103
In terra franciae /	105
Rotterdam /	106
Spionnetjes /	107
"... et le bel aujourd'hui" /	108
Notas a los poemas /	109

ESTE LIBRO,
PRIMERA ENTREGA DE LAS
EDICIONES LITERATURA AMERICANA REUNIDA,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 6 DE MARZO DE 1981
EN LOS TALLERES GRÁFICOS GRAFICINCO, S. A.,
DE MADRID - ESPAÑA

